

## CAPITULO IX

### ACCION DEL CONSUMO SOBRE LA INDUSTRIA I LA POBLACION

Sabemos que bajo cualquier régimen de apropiación que sea, la dirección de la industria i el empleo del trabajo dependen de las personas que disponen de las riquezas existentes. Bajo el imperio de la libertad, estas riquezas son apropiadas mui desigualmente entre las familias por las leyes de sucesion i el juego de los cambios: los consumos son determinados por la voluntad de los jefes de familia i cada uno de ellos participa a la dirección jeneral de la industria en razon de la importancia de las riquezas a las cuales da un empleo.

Así cada jefe de familia toma parte en una función social mui importante, pues que consiste en determinar el empleo i muchas veces el número de los trabajadores. Es cierto que la parte de influencia asignada a los diversos individuos no es la misma para cada uno: lo que puede el jornalero con lo que ha ganado en una semana es mui poca cosa en comparación de lo que puede el que dispone de diez o veinte millones. Pero aun la influencia del jornalero es algo i en realidad la masa de los pobres que viven de su trabajo i de un pequeño capital dispone

de una suma i por consiguiente de un poder en comparación del cual el de los millonarios no es mui grande.

Bajo el régimen de la libertad, el poder de dirección del cual dispone cada jefe de familia se hace sentir por el cambio. Las compras para consumir dirijen el movimiento de la industria. Toda compra de esta clase saca de las provisiones jenerales la mercadería que es su objeto i disminuye la cantidad que existe: así tiende a mantener o a elevar el precio de esta mercadería, es decir la remuneración de los que la producen.

Si una persona que acostumbra consumir 10 de jéneros de lana cambia de gusto i consume 10 de sederías, claro está que ha quitado del mercado de los jéneros de lana é introducido en el mercado de las sederías una demanda de 10. Este hecho, en igualdad de circunstancias, tiende a elevar el valor de las sederías i a rebajar el valor de los jéneros de lana. Sabemos que ese doble fenómeno tiene por consecuencia la disminución de la remuneración de los productores de los jéneros de lana i un aumento de la remuneración i del número de los que producen sederías. Es una orden positiva é irresistible dada a la industria para que quite el trabajo i los capitales de uno de sus ramos i los lleve a otro.

Toda la industria en último resultado marcha, se modifica i se dirige por órdenes de esta clase. Si se nota una cierta estabilidad del trabajo en los varios ramos de industria, es debido a que los hábitos de consumo varían poco, a que por ejemplo, el que deja los jéneros de lana por las sederías tiene la acción que ejerce en el mercado anulada i compensada por la de otro que deja de comprar sederías i compra jéneros de lana. Merced a las compensaciones de esta clase, hai esta doble ventaja que cada uno puede variar a su antojo sus consumos sin que la dirección del trabajo sea afectada a tal punto que haya un desarreglo en el taller industrial.



Se dice vulgarmente que el consumidor hace vivir al productor, sin observar que el consumidor no dispone mas que de un capital o de la parte de renta que remunera su participacion a la produccion comun. Si es cierto que hace vivir a los otros es cierto tambien que los otros lo hacen vivir a él. Así no se puede decir que el gran número de los hombres empleados en las industrias fabril, comercial i de transporte hagan vivir a los agricultores, aunque consuman la mayor parte disponible de las cosechas, i tampoco se puede decir que los agricultores hagan vivir a los otros productores porque les venden alimentos. Cada uno de nosotros vive por todos i para todos, sin que su existencia dependa precisamente de tal o cual persona o clase de personas.

Como toda renta debe ser consumida, bien sea para el goce, bien sea para la capitalizacion, ella causa en el mercado una demanda de trabajo igual en uno i otro caso. Que uno emplee diez hombres como criados para darse gusto o los emplee en desaguar un terreno, ha de pagarlos precisamente. El que gastase la suma necesaria para pagar estos diez hombres, en comprar sederías o libros, aumentaria la demanda del trabajo que fabrica sederías ó libros, pero no habria diferencia mas que en la forma, no en la suma del trabajo pedido.

En este sentido, M. J. St. Mill ha dicho con razon que no eran los compradores de los productos de una fábrica los que hacian vivir a los obreros empleados en ella: porque de cualquier modo que hubiese sido empleada la suma gastada en comprar estos productos, habria remunerado una cantidad equivalente de trabajo. Pero es innegable que el trabajo de los obreros de la fábrica no toma su arreglo i su forma sino porque se prevenen las necesidades i los órdenes de los compradores de estos productos.

¿Será cierto que los obreros de la fábrica vivan i sean mantenidos por el empresario, o mas jeneralmente ha-

blando por los que han ahorrado el capital fijo circulante de que dispone la fábrica? Sí, en el sentido que si este ahorro no hubiese tenido lugar, el trabajo no habria tenido el mismo poder i la misma fecundidad: no, si un invento i procedimientos ménos costosos hubiesen permitido obtener con ménos costo i ménos ahorro la misma suma de productos. Sea lo que fuere, es evidente que el ahorro no ha tenido lugar i que la fábrica no se ha construido sino por que los consumidores han pedido sus productos i han podido, comprándolos, pagar el interes de los capitales i el salario del trabajo empleado en la empresa.

Es inútil volver sobre lo que hemos dicho en otra parte! de los efectos necesarios de cada clase de consumo sobre la industria i la poblacion. El lector puede reconocer sin dificultad de qué modo cada una de las seis maneras de consumir obra en el mercado. Solo recordemos lo que la opinion vulgar olvida siempre, que la capitalizacion por empleo industrial de los capitales ahorrados exige tanto trabajo inmediato como el consumo de lujo, i aumenta el poder productivo de la sociedad, miéntras no lo aumenta el consumo de lujo.

En último análisis ahorrar es consumir para el aumento del poder productivo.

Los contratos de crédito esconden esta verdad. Se ve una persona que ahorra para prestar a interes o para adquirir acciones de ferro-carril, etc., i como esta persona no consume su capital, se cree que el consumo no ha tenido lugar. No obstante ¿qué ha hecho esta persona, confiando su capital a otro, sino delegar la facultad de consumirlo? Con el caso de la accion de ferro-carril la cosa es evidente, i no lo es ménos en el caso de préstamo a interes, pues que nadie toma plata prestada para guardarla sino para consumirla, i casi siempre para un consumo que repro-



duce i conserva en actividad el capital tomado en préstamo.

Si consideramos los consumidores en conjunto es evidente que depende de ellos a cada instante la direccion del trabajo i aun la existencia de los trabajadores. Bajo el imperio del cambio, cada uno de nosotros no puede existir sino en tanto que los otros necesitan sus servicios, i su facultad de consumir es mayor o menor segun que los servicios que presta son mas o ménos apreciados. Pero al mismo tiempo el consumo depende del modo mas estricto del trabajo que produce. Si los pobres no viven sino por el consumo de los ricos, estos no pueden procurarse los agrados de que gozan sino por el trabajo de los pobres. Una reduccion del número de los hombres, por una gran peste por ejemplo, haria subir el precio del trabajo manual de tal modo que haria mas caros i disminuiria los goces de los ricos, así como una gran pérdida de capitales haria subir la tasa del interes i disminuiria la renta de los pobres.

La grande e indestructible diferencia que existe entre la condicion del rico i la del pobre consiste en que el primero puede reducir sus consumos sin perecer mientras que el segundo casi no lo puede. Nótese tambien que el rico puede vivir durante cierto tiempo sin réditos, menguando al capital que posee, cosa imposible para quien no tiene capital. Pero esta diferencia, muy sensible cuando se considera la condicion del individuo en el estado normal de la sociedad, pierde algo de su importancia cuando se considera la totalidad de los ricos que no pueden ni enajenar todos los capitales que poseen, ni emplearlos en sus consumos personales, cuando estos capitales tienen otro destino por su naturaleza misma. Así un propietario gastador puede vender su finca i consumir el precio de ella, porque otro que ha ahorrado i quiere seguir ahorrando lo reemplaza como propietario; ¿pero si todos los capitalistas o

solamente todos los propietarios de fincas quisiesen vender i consumir a la vez, dónde hallarian compradores?

La ventaja principal de los ricos consiste en la posesion de una renta tal que puedan en caso necesario reducir sus consumos sin sufrir demasiado i dejar pasar una escasez, por ejemplo o una reduccion cualquiera de la produccion sin ser por eso demasiado afectados. Seria deseable que todos los hombres pudiesen llegar a gozar de esta ventaja por la posesion de un capital i de rentas suficientes para satisfacer algo mas que las primeras necesidades. Mientras que el ahorro i los esfuerzos individuales no hayan logrado este resultado, habrá familias colocadas en situacion tan precaria, que el órden jeneral de la sociedad dejará mucho que desear.

Bajo el réjimen de la libertad todo el movimiento industrial descansa sobre los hábitos: cada individuo camina a tientas, pero en un camino conocido, esperando la direccion variable, pero no caprichosa de los consumidores para perfeccionar o rectificar sus operaciones conforme a las indicaciones que le dan las variaciones de valor. En este estado la sociedad soporta, no sin dolor, pero sin desórdenes graves, las malas cosechas, las operaciones mal concebidas o mal ejecutadas i los errores individuales de toda clase.

La sociedad seria espuesta a desórdenes graves si los consumos dejasen súbitamente de ser causados por las necesidades individuales ordinarias, si los ricos, constituyéndose como una clase separada i enemiga de los pobres, pretendiesen adquirir por medios económicos una dominacion política; si, por ejemplo, para conseguir este resultado, los ricos redujesen de repente sus gastos a lo estrictamente necesario i difiriesen el consumo de sus rentas para acumular tesoros o irse a gastarlas al extranjero.

Entónces en efecto millares de sirvientes i casi todos los



obreros de las industrias de gran lujo se hallarian de un dia a otro sin trabajo i sin recursos. Si las rentas ahorradas fuesen empleadas industrialmente, estos brazos podrian hallar un empleo en la industria. Pero cuando las rentas ahorradas se amontonan en tesoros la sociedad se halla temporalmente en el mismo estado que si se hubiesen quitado de la produccion; al mismo tiempo que para formar tesoros se demanda una cantidad escepcional i extraordinaria de moneda, lo que trastorna todos los precios i altera los contratos de crédito.

Este caso desgraciadamente no es una mera hipótesis. En 1790 i 1791, la emigracion de los nobles franceses causó un desórden de esta clase de que los periódicos realistas se vanagloriaron mucho. Las rentas de los ricos se hallaron de repente trasportadas al extranjero i en dinero efectivo, por que el comercio, sorprendido por este movimiento repentino no habia podido vender al exterior una cantidad de mercaderías suficiente para pagar estas rentas en letras de cambio. En 1848, un terror pánico, extraño entre los que menciona la historia causó una crisis del mismo jénero, i despues de pasado este terror, durante los últimos meses de este año, en 1849, 1850, i aun en 1851 un mal querer sistemático fomentado por los diarios i los discursos de los que se llamaban el gran partido del órden hizo persistir un número considerable de ricos en sus hábitos de atesorar, con gran detrimento de las familias que vivian de su trabajo.

En una i otra de las circunstancias que acabamos de mencionar esta actitud de los ricos ha causado una exasperacion cuyas consecuencias han sido deplorables, pero que se comprende fácilmente. La propiedad, la vida de cada uno de nosotros, los contratos, las leyes, todo el órden social, en una palabra, descansa sobre los hábitos en virtud de los cuales arreglamos nuestras acciones i nuestra vida. Trastornar violentamente i a sabiendas estos há-

bitos es atacar esperanzas legítimas que constituyen una verdadera propiedad; es abusar del modo mas deplorable de un derecho que la sociedad no habia establecido i consagrado para que se hiciese de él un tal uso. No es extraño que a la vista de estravios de esta clase el respeto para la propiedad disminuya i que muchas personas pongan en cuestion el órden social mismo.

Felizmente sacudimientos semejantes no pueden ser ni frecuentes ni duraderos por que los actos que los causan son actos de locura a los cuales un gobierno intelijente i de buenas intenciones puede remediar sin dificultad. Aun cuando el gobierno no interviniere directamente, el órden i la paz no puede durar sin que los hábitos recuperen su imperio i sobre todo sin que la alza excesiva del interes dé lugar a capitalizaciones abundantes que reemplacen los capitales sustraídos al consumo. Fué lo que pasó en 1849, 1850 i 1851: se vió entónces lo fácil que era para la sociedad económica prosperar al precio de algunos esfuerzos dolorosos, sin el concurso de un pequeño número de ricos, por el trabajo i el ahorro de los obreros i de los empresarios.

No creemos que se hayan visto fuera de Francia crisis semejantes. Así no mencionamos estas sino como una excepcion extrema i curiosa que pone bien en luz una verdad teórica.